

Radicales o pacifistas

La construcción del enemigo en los movimientos estudiantiles

*Marcela Meneses Reyes**

Resumen

Los movimientos estudiantiles aparecen como un conjunto compuesto por cuatro elementos: *a*) actores movilizados (los estudiantes); *b*) un instrumento legitimador (demandas); *c*) los métodos para expresar las demandas legitimadoras; y *d*) un enemigo al cual confrontar (autoridades universitarias o gubernamentales). En este documento sugiero que es necesario observar a los movimientos estudiantiles como un conjunto de relaciones sociales en el que los estudiantes no constituyen un público único o uniforme, sino un conjunto de actores diversos quienes disputan o negocian la facultad de decidir las demandas del movimiento y sus métodos de acción. Los resultados de esta investigación sugieren que es precisamente en este terreno de disputas internas en donde las demandas de los movimientos estudiantiles pueden ganar o perder legitimidad.

Palabras clave: construcción del enemigo, movimientos estudiantiles, radicalidad, pureza moral, represión.

Abstract

Student movements appears as a set composed of four elements: *a*) the mobilized public (students), *b*) the legitimizing claim (demands), *c*) the means to express the demands, and *d*) an enemy to confront (scholar or governmental authorities). This paper suggests that it is necessary to observe student movements as a set of social relationships where students are not a

* Socióloga, doctora en ciencias políticas y sociales por la UNAM. Profesora de la licenciatura en sociología de la UAM-Xochimilco y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM [mmeneses@correo.xoc.uam.mx].

single public, but a set of actors who continuously dispute or negotiate the power to decide the demands of the movement and their means of action. Research findings suggest that it is precisely in this area of internal disputes where the demands of the student movement can gain or lose legitimacy.

Key words: enemy construction, student movements, radicalism, moral purity, repression.

Negras tormentas agitan los aires,
nubes oscuras nos impiden ver
aunque nos espera el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber.
El bien máspreciado es la libertad
hay que defenderla con fe y valor.
Alza la bandera revolucionaria
que lleva al pueblo a la emancipación.
En pie el pueblo obrero a la batalla
hay que derrocar la reacción.
A las barricadas, a las barricadas,
por el triunfo de la Confederación.

Himno de la Confederación Nacional del Trabajo
(Reinterpretado por el grupo punk *Los muertos de Cristo*.
Consigna cantada por los anarquistas durante las movilizaciones estudiantiles)

A lo largo del último año, la ciudad de México ha sido escenario de diversos conflictos políticos juveniles y estudiantiles dentro y fuera de las instituciones de educación media superior y superior, entre los que destacan la condensación del movimiento estudiantil #YoSoy132 en las universidades públicas y privadas más importantes del país; la huelga en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México entre agosto y diciembre de 2012; el paro en algunas escuelas del Instituto Politécnico Nacional en demanda de aumento a su presupuesto durante el mes de octubre pasado; la *toma* de la Dirección de los

Colegios de Ciencias y Humanidades de la UNAM en febrero de este año; la violencia desatada en el CCH Naucalpan por parte de un pequeño grupo de estudiantes que derivó en la quema de la dirección de la escuela; la *toma* de la Rectoría de la UNAM en abril; el breve paro en la Preparatoria 6 y en la UAM Iztapalapa como muestra de solidaridad con los supuestos estudiantes apropiados de la Rectoría de la UNAM; y por supuesto, la “provocación” del 1 de diciembre de 2012 y del pasado 10 de junio.

En todos estos episodios, cada vez va teniendo más presencia un grupo de estudiantes que se autodesignan como *radicales*, *ultras*, *anarquistas* o *avienta-molochas* (por las bombas molotov) en oposición a otro tipo de estudiantes des-calificados por estos primeros con términos como *moderados*, *pacifistas* o *tira-flores*.¹ La distinción se basa en los métodos de acción que utilizan, pues mientras los *radicales* defienden la necesidad de la “acción directa” que va de la toma de instalaciones a la confrontación abierta con los cuales pretenden dar a conocer sus demandas y exigir a las autoridades correspondientes en cada caso el cumplimiento de las mismas, los *pacifistas* siguen convocando a marchas, mítines, debates, actos político-culturales o tomas simbólicas, siempre con la intención de no rebasar la sutil frontera entre el descontento y la violencia.

No está de más recordar que esta forma de dividir desde dentro y desde fuera ha estado presente en todos los movimientos estudiantiles pues ninguno de ellos ha sido homogéneo ni monolítico. Basta profundizar en el Consejo Nacional de Huelga (CNH) de 1968 para reconocer las diversas corrientes que existían en aquel contexto, entre las que se pueden mencionar la socialista, la maoísta o la troskista, por mencionar algunas.

Después, en el movimiento de 1986-1987 encabezado por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) estaban los *históricos*, quienes defendían la necesidad de organizar un congreso universitario en conjunto con las autoridades para debatir propuestas y consensar

¹ Términos usados al interior del #YoSoy132 para diferenciar a las corrientes político-ideológicas por sus métodos de acción.

reformas al interior de la UNAM, en oposición a los *brigadistas*, entre los que se aglutinaban las corrientes reticentes al debate y a la negociación con la Rectoría.

Posteriormente, el conflicto en el que tuvo más presencia al tiempo que fue más dañina esta distinción fue en el movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM, cuyo órgano representativo —el Consejo General de Huelga (CGH)— se dividió al interior entre *megaultras*, *ultras*, *independientes* y *moderados*. Quién no recuerda al “Mosh” con sus *rastas* y su actitud desbordada al frente del colectivo “Conciencia y libertad” de Políticas, la iniciativa de Contracorriente de rodear con alambre de púas la mesa de debates en la asamblea de la ENEP Acatlán o la entrada de la entonces Policía Federal Preventiva a la Prepa 3 y a Ciudad Universitaria, lo que derivó en la detención de mil estudiantes. Sin embargo, poco se ha profundizado en aquel episodio de la historia de los jóvenes de esta ciudad ni nos hemos detenido en el análisis crítico y a la vez comprensivo del mismo, más allá de las descalificaciones o los juicios valorativos que emitamos al respecto.²

Para efectos del presente artículo, no pretendo reconstruir ningún movimiento estudiantil y mucho menos me limitaré a la relación e interjuego entre los considerados protagonistas según la historia oficial. Por el contrario, deseo plantear algunas líneas de aproximación que ayuden al lector a ubicar las posibilidades y las consecuencias de la distinción política específica que lleva a clasificar y diferenciar a los jóvenes movilizados entre *radicales* y *pacifistas*, cuestión que puede derivar en la configuración de relaciones de amigo-enemigo al interior de los movimientos, lo que acarrea rupturas profundas, así como su posterior debilitamiento y radicalización o extinción.

La función del enemigo en los movimientos estudiantiles

Desde la ciencia política, Carl Schmitt elaboró un análisis a profundidad de la relación amigo-enemigo como criterio para la distinción política.

² Si el lector desea profundizar en aquel acontecimiento, sugiero consulte mi tesis doctoral titulada “Memorias de la huelga estudiantil en la UNAM, 1999-2000”.

Según su definición: “Enemigo es sólo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone combativamente a otro conjunto análogo. Sólo es enemigo el enemigo público” (Schmitt, 2006:59)

Por lo tanto, enemigo no es cualquier competidor ni el adversario privado al que se detesta por cuestión de sentimientos o antipatía, es decir, el enemigo no está determinado por otro tipo de criterios de distinción como son el moral (bueno o malo) o el estético (bello o feo), sino que constituye una forma de clasificación. No obstante, para definir al enemigo –y yo agregaría, para construirlo– se puede echar mano de semejantes criterios que refuerzan y legitiman la distinción política básica. Con esto abre nuevas posibilidades para el análisis, ya que menciona que el enemigo:

Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo [...] [Por tanto] Un conflicto extremo sólo puede ser resuelto por los propios implicados; en rigor sólo cada uno de ellos puede decidir por sí mismo si la alteridad del extraño representa en el conflicto concreto y actual la negación del propio modo de existencia, y en consecuencia si hay que rechazarlo o combatirlo para preservar la propia forma esencial de vida (Schmitt, 2006:57).

Entonces, si el enemigo simplemente es el extraño que resulta amenazante en un momento determinado y al que hay que combatir públicamente, tal parece que se generan ciertas fracturas en torno a la definición de Schmitt, y que él mismo reconoce al preguntarse si no habrá una posibilidad intermedia entre la guerra y la paz o entre amigos y enemigos.

Así, desde la relación amigo-enemigo que se va configurando al interior de los movimientos sociales se puede entender por qué muchos de sus miembros abandonan el campo de acción permitiendo que quienes permanecen sean en su mayoría quienes coinciden en los métodos más radicales de confrontación contra el “enemigo externo” algunas veces plenamente identificado, otras tantas difuso; y contra el

“enemigo interno” representado por las variadas posiciones al interior de los núcleos organizativos que difieren en los métodos de acción.

Por ende, una vez impuesta la relación amigo-enemigo como dialéctica relacional y modo esencial de pensar el conflicto, dicha relación, para mantenerse, no tiene otro camino que radicalizarse y generalizarse. El resultado: la distinción amigo-enemigo se extiende a cada diferencia externa o interna y se vuelve dominante. ¿Con qué objetivo? Porque aquellos que se reconocen como amigos, como cercanos, van construyendo su propio campo identitario de pertenencia que les permite mantenerse cohesionados frente a un elemento que resulta extraño y amenazante para el propio modo de existencia, por tanto, se enfrentan a él purificándose a la vez.

El concepto de pureza moral nos sirve para explicar el proceso de purificación que puede llevar a los *radicales* a autoconcebirse como la verdadera, única y legítima cuna de jóvenes “realmente comprometidos” con las causas, y que no están dispuestos a negociar o a continuar a través de métodos pacíficos de acción pues conciben que éstos son sinónimo de rendición, cobardía o ausencia de imaginación política. Por lo que para mantener un halo de poderío y autoridad, se les va haciendo necesario extirpar de su organismo a todo ente que resulte amenazante para la integridad de su núcleo organizativo al tiempo que generan o aprovechan las condiciones propicias para aparecer como víctimas de la violencia contraria. En consecuencia, la pureza moral a la que se apela se vuelve peligrosa cuando se convierte en la base para la persecución al interior y al exterior de los movimientos sociales, y sobre todo, cuando se utiliza como el sustento ideológico para el uso “justificado” de la violencia a fin de defender el propio parecer.

Barrington Moore utiliza tal noción para mostrar que la historia de Occidente se ha configurado en torno a este núcleo. Parte de un rastreo a través del Antiguo Testamento para explicar el cariz religioso mezclado con connotaciones sexuales en sus primeros días; posteriormente recorre una serie de crisis que dieron por resultado su completa secularización durante la Revolución Francesa; hasta llegar a épocas recientes donde la pureza moral secularizada ha sido el legado más grande del mundo occidental para los episodios más crueles de la historia de la humanidad, por ejemplo, para el nazismo alemán.

[A partir de la Revolución Francesa], la pureza ha dejado de ser un concepto religioso y se ha convertido en algo estrictamente secular. Al mismo tiempo, ha conservado su exclusivismo ético: sólo los revolucionarios son puros. Poco a poco el resto de la sociedad se convierte en una fuente de contaminación moral que debe cortarse de raíz y destruirse. Llegado el momento, sólo algunos de los revolucionarios son puros. No será la primera ocasión ni la última de la historia humana en la que podamos contemplar a la ortodoxia creando la herejía (Moore, 2001:13-14).

Este fenómeno se puede analizar desde la óptica que propone el doctor Fernando González a propósito de las formas de grupalización de corte radical, caracterizados por: el supuesto de un espacio interno homogenizado por una ideología compartida; supuesto que tendrá por consecuencia la constitución de una barrera protectora que los libraré de las contaminaciones del mundo exterior; se invisten de una misión purificatoria del mundo al que pretenden descontaminar o transformar; crean las condiciones para que cualquier filtración de información —o que parezca tal— sea severamente castigada, por lo tanto, la figura del traidor hace su aparición como una necesidad de la estructura del grupo. Instituyen una dicotomía básica en la que sólo existen los enemigos y los purificados, y en el área de influencia de estos últimos, los aliados eventuales, por tanto, en esa manera de constituir grupo, tanto los matices como la gradualidad tienden a desaparecer. Terminan por consumir una parte sustancial de sus energías en detectar la infiltración de los virus humanos contaminantes en el seno del espacio que se consideraba idéntico y generador de la purificación del exterior. Así ninguno está preparado para el “contagio” —en general, casi siempre visto como proveniente del exterior— y cuando cunde la sospecha de estar infiltrados, una metástasis devastadora los vuelve contra sí mismos. Sin embargo, dado que sólo pueden funcionar estructuralmente como grupos bajo el supuesto de la identidad descontaminada, cualquier diferencia o intento de pluralidad tenderá a ser severamente castigada, aniquilada o arrojada a las tinieblas de la exterioridad contaminada. A este tipo de organizaciones les va a resultar muy difícil hacer una autocrítica de su parte violenta y, en algunos casos,

asesina. En cambio, no tendrán problema en denunciar el asesinato “en el ojo de sus enemigos” (González, 2007).

Si bien los movimientos estudiantiles ubican claramente en un principio al enemigo a confrontar ya sea en las autoridades universitarias o gubernamentales, en el camino corren el riesgo de ir configurando diversas relaciones de confrontación interna en las que se disputen tanto los métodos como las razones y motivaciones de su lucha. En consecuencia, aparece en el terreno una nueva forma de oposición que al tiempo puede ir desvirtuando, desgastando a los movimientos y, sobre todo, restándoles legitimidad no por sus motivos ni por sus razones, sino por sus métodos.

Moore explica que las masas que actúan siguiendo sus ideas de purificación y contaminación consideran que sus acciones son legítimas. Y continúa:

Si se contempla en términos de sus efectos sobre el sufrimiento humano, lo más significativo de todo este asunto fue el proceso global de creación de una aprobación moral de la crueldad. Para ello, es necesario definir al enemigo contaminado como elemento no humano o inhumano, es decir, situado al margen del grupo de los seres humanos a quienes se debe la más mínima obligación en tanto que criaturas iguales a uno mismo. A partir de ahí, el enemigo contaminado se debe definir como una amenaza demoníaca al orden social existente. La deshumanización y la demonización sirven para disminuir o, en numerosos casos, para eliminar por completo los remordimientos o el sentimiento de culpa ante las crueldades más bárbaras y enfermizas (Moore, 2001:88).

Por ende, su análisis sirve para comprender las funciones que juega tanto al interior como al exterior en tanto relación purificadora y, al mismo tiempo, radicalizadora de los movimientos estudiantiles. En su afán por expulsar violentamente a los “traidores” capaces de “vender al movimiento”, los estudiantes pueden perder de vista que un movimiento social nunca es dicotómico ni los actores son monolíticos. Ocurre entonces que el privilegio de la sospecha bajo acusaciones como *tira-flores* o *avienta-molochas* puede llevarlos al aislamiento, al abandono de su base social y al retiro del apoyo masivo con el que

contaban en un principio. El estudiante Nahúm Pérez de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM reflexiona en entrevista para *Proceso*:

Por el contexto general que está viviendo el país, es muy fácil que la violencia penetre en las filas de la juventud y del estudiantado. La universidad no es una isla, es muy probable que esa violencia se reproduzca adentro. El problema de esas acciones existe cuando se dan de manera antidemocrática, sin el respaldo de discusiones asamblearias profundas, como en los casos de las últimas tomas a edificios de la UNAM y la Rectoría de la UAM (Igartúa, 2013:18).

Lo que no niega que ciertamente pueda haber infiltrados y provocadores en los movimientos. La pregunta entonces sería ¿a nombre y bajo las órdenes de quién y para qué infiltrar el movimiento estudiantil y con ello incitar a la violencia de por sí ya existente?

Consideraciones finales

A un año de haberse conformado el movimiento #YoSoy132, podemos hacer un recuento de los escenarios donde se ha visibilizado la corriente de estudiantes que apelan a la “acción directa” como el método óptimo para la expresión de su inconformidad. El primer episodio ocurrió el 31 de agosto de 2012 a las afueras del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, cuando la protesta del movimiento estudiantil por la acreditación de Enrique Peña Nieto como presidente electo sirvió de escenario a un pequeño grupo de jóvenes encapuchados para la detonación de tres petardos entre los granaderos y los manifestantes. De inmediato sobrevinieron los deslindes y las sospechas. Creo importante apuntar que a partir de ese momento se rompió el consenso sobre la declaración de principios que enarbolaba el pacifismo como base del movimiento estudiantil. Desde entonces, diversos grupos empezaron a tomar decisiones por su cuenta, sin el consenso de las asambleas, y por tanto, de forma ilegítima.

Las propuestas de tono radical y las acciones “contundentes” fueron aumentando después de las elecciones presidenciales, al tiempo que la fuerza del #YoSoy132 aminoraba. Fue en Acampada Revolución donde se aglutinaron los colectivos “combativos”, entre los que se encuentran el Frente Oriente (coordinadora que articula las escuelas del oriente de la ciudad: CCH Oriente, FES Aragón y UAM Iztapalapa); la Unión de la Juventud Revolucionaria de México, capítulo juvenil del Frente Revolucionario Popular; Defensa Coatlicue; Frente Simón Bolívar; Frente Interbrigadistas y los colectivos anarquistas, entre ellos el Bloque Negro, la Cruz Negra y la Coordinadora Estudiantil Anarquista, así como organizaciones que surgieron en movimientos estudiantiles previos, entre ellos, Contracorriente. Pero en la confluencia de tanta gente diversa, del alto nivel de indignación provocado por nuestra clase política y sus instituciones y la acumulación de propuestas y acciones, fue fácil que también se mezclaran algunos provocadores cuya labor sería crear las condiciones necesarias para dar la bienvenida al nuevo régimen de Estado.

La corriente radical infiltrada además, debutó el 1 de diciembre pasado, cuando diciéndose hartos de los métodos pacíficos de protesta con los cuales –según ellos– no se consigue nada, defendieron la necesidad de la “acción directa” a través del ataque frontal de cuerpo a cuerpo o por medio de objetos tales como piedras, palos, cadenas, tubos, bombas caseras y destrucción del inmobiliario urbano contra las fuerzas policiacas que resguardaban desde una semana antes el Palacio Legislativo de San Lázaro donde Peña Nieto tomaría posesión. De aquel día se han escrito páginas enteras, sin embargo, es preciso recordar que las detenciones arbitrarias de personas inocentes –entre las que se encontraban amas de casa, oficinistas, un bolero, un hombre en situación de calle, transeúntes y varios jóvenes, algunos de ellos ni siquiera partícipes de las protestas pacíficas, de entre los cuales 14 estuvieron presos en el Reclusorio Norte durante casi un mes– no se realizaron en las inmediaciones de San Lázaro, sino en el Centro Histórico varias horas después del ataque de los supuestos *radicales anarquistas*.

Los jóvenes radicalizados comentan que a raíz de la represión que sufrieron el pasado 1 de diciembre, durante las protestas contra la “imposición de Enrique Peña Nieto”, realizaron una profunda reflexión que los llevó a pasar “de la lucha estudiantil a la lucha de clases” (Rodríguez, 2013:20).

De igual forma el pasado 10 de junio durante la marcha conmemorativa por el 41° aniversario del *halconazo*, donde se observa un reducido número de jóvenes vestidos de negro, algunos encapuchados y furiosos atacando a la policía capitalina. Lo que no se dice es que no actúan solos. Un buen número de habitantes de esta ciudad, en conjunto con organizaciones de la sociedad civil, abogados y defensores de derechos humanos han demostrado a través de pruebas, testimonios y material audiovisual, que la supuesta radicalidad para algunos legítima como método de lucha, se recrudece y se sale de control cuando es alentada y utilizada por la ya vieja táctica represiva de la infiltración. Es así como la radicalidad de unos cuantos jóvenes furiosos e ingenuos se aprovecha para justificar la represión indiscriminada y el encarcelamiento arbitrario de inocentes. Ese lunes se registraron 22 detenciones de jóvenes pacíficos en su mayoría, que fueron apresados una hora después y a varias calles de distancia de los ataques contra la policía.

¿A nombre de quién?, ¿qué intereses están en juego?, ¿con qué fines? Puede resultar aventurado afirmarlo pero hay indicios que permiten identificar más causalidad que casualidad en los últimos acontecimientos narrados, donde se percibe una intención de utilizar a la ciudad de México como escenario para la confrontación, como espacio para el montaje de una “provocación”, tal como lo señaló desde un primer momento el profesor Adolfo Gilly, que sirva de pretexto para la represión y, con ello, para acabar con los derechos y las libertades de los ciudadanos que aquí habitamos.

Además, resulta que el movimiento estudiantil de 1986-1987 se desencadenó antes de las elecciones presidenciales de 1988; la huelga de 1999 estuvo enmarcada por los comicios electorales del 2000; y el movimiento #YoSoy132 surgió en relación directa con la última contienda electoral en contra del ahora presidente Peña Nieto quien, recordemos, en 2006 mandó reprimir brutalmente a los pobladores de Atenco en venganza por echar abajo el proyecto aeroportuario.

Basta recordar que en la Universidad Iberoamericana asumió plena responsabilidad de los hechos ante el reclamo del auditorio que al grito de “Atenco no se olvida”, lo acompañaba aquel 11 de mayo de 2012:

Dejo muy en claro la firme determinación del gobierno de hacer respetar los derechos de la población del Estado de México. Que cuando se vieron afectados por intereses particulares, tomé la decisión de emplear el uso de la fuerza pública para restablecer el orden y la paz, y que en el tema lamentablemente hubo incidentes que fueron debidamente sancionados y que los responsables de los hechos fueron consignados ante el poder judicial [...] Fue una acción determinada, que asumo personalmente, para restablecer el orden y la paz en el legítimo derecho que tiene el Estado mexicano de hacer uso de la fuerza pública como además debo decirlo, fue validado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación (Zapata, 2012).

Si en Atenco respondió con represión y venganza, ¿será capaz de vengarse por medio de la provocación, infiltración y represión contra los estudiantes que evidenciaron el montaje electoral que lo llevaría al poder? Cabe entonces preguntarnos si existe una relación de causalidad entre diversas variables en el sentido de que los movimientos estudiantiles responden a un contexto, tiempos, espacios y actores políticos que desbordan los marcos institucionales, lo cual nos impone la necesidad de pensarlos, comprenderlos y explicarlos a partir de su complejidad, duración, contradicciones, pero sobre todo de intereses, poderes y actores extrauniversitarios.

Bibliografía

- González, Fernando (2007), “Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México (1965-1975)”, *Revista Historia y Grafía*, núm. 29, México, UIA.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México.
- Meneses Reyes, Marcela (2012), “Memorias de la huelga estudiantil en la UNAM, 1999-2000”, tesis para obtener el grado de doctora en ciencias

- políticas y sociales, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Moore, Barrington (1989), *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 2007.
- (2001), *Pureza moral y persecución en la historia*, España, Paidós.
- Schmitt, Carl (2006), *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Alianza Editorial.

Hemerografía

- Appel, Marco, “Anarquistas: lo del 1 de diciembre fue ‘autodefensa’”, *Proceso. Semanario de información y análisis*, México, 17 de diciembre 2012 [<http://www.proceso.com.mx/?p=328066>].
- , “Alarma en Europa por los anarquistas mexicanos”, *Proceso. Semanario de información y análisis*, México, 29 de abril 2013 [<http://www.proceso.com.mx/?p=340468>].
- Gilly, Adolfo, “La provocación del primer día”, *La Jornada*, México, 17 de diciembre 2012 [<http://bit.ly/11Aj7PI>].
- , “Una provocación preparada y protegida”, *La Jornada*, México, 22 de abril 2013 [<http://bit.ly/15Y9gWY>].
- , “Operativo 1DMX: provocación desde arriba”, *La Jornada*, México, 24 de abril 2013 [<http://bit.ly/1bxy8Gq>].
- Igartúa, Santiago, “#YoSoy132: Primer aniversario en crisis”, *Proceso. Semanario de información y análisis*, núm. 1907, México, 19 de mayo 2013, pp. 16-18.
- Igartúa, Santiago, “Acusan anarquistas a Ebrard de satanizarlos para justificar la ‘brutalidad policiaca’”, *Proceso. Semanario de información y análisis*, México, 7 de diciembre 2012 [<http://www.proceso.com.mx/?p=327272>].
- Igartúa, Santiago y Juan Carlos Cruz Vargas, “No somos guerrilleros pero pronto lo seremos”, *Proceso. Semanario de información y análisis*, núm. 1883, México, 2 de diciembre 2012, pp. 10-13.
- Rodríguez García, Arturo, “Los radicales, sin capucha: el Estado es el violento”, *Proceso. Semanario de información y análisis*, núm. 1907, México, 19 de mayo 2013, pp. 19-21.
- Zapata, Belén, “Atenco, el tema que ‘encendió’ a la Ibero y originó #YoSoy132”, *CNN México*, 4 de junio de 2012 [<http://bit.ly/17UjMTs>].